

## Gatos de medianoche

**AUTOR: Santiago Serrano**

**santiagoms 2000@yahoo.com**

El yagüareté, desde su llegada al zoológico, se dedicaba a observar todos los movimientos de sus cuidadores. Sabía que el hombre de blanco llegaba todas las mañanas y las siestas con su carga de comida que depositaba metódicamente en un extremo de su nuevo hogar.

Bagual, como lo habían nombrado a su arribo, percibía el sonido de las llaves golpeteando entre sí desde la jaula del oso, distante a cien metros de la de él. Miraba atentamente el extraño movimiento de apertura y cierre de la puerta de acceso. Desde el primer día supo que si había una probabilidad de escape, quizás la única, iba a ser atravesando la puerta de gruesos barrotes.

Todos los atardeceres, entrecerraba sus ojos y recordaba los viejos tiempos. La espesa selva de su niñez brotaba de entre las rejas. Hasta había algunos días que se quedaba maravillado porque su olfato le traía todos los olores antiguos y su oído podía percibir a pleno la ruidosa sinfonía hecha de pájaros e infinidad de insectos. ¿Dónde había ido a parar ese mundo, su mundo?. Él, al igual que su padre y su abuelo, debía ser un gran cazador: tenía garras y dientes afilados y tenía un grito que helaba la sangre. Todo eso lo tenía pero había perdido su selva. Los hombres que lo atraparon no lo habían lastimado, pero hay heridas que lastiman mucho más, pensó mientras escuchaba el golpeteo de las llaves.

El cuidador, esa tarde, cumplió con su rito, salvo por un pequeño detalle que el yagüareté notó inmediatamente. “No cerró con llave al salir”, se dijo emocionado

Esa tarde fue eterna. Los visitantes se quedaban ante su jaula más que nunca. Así, por lo menos, le parecía a Bagual. “Si alguien nota que la puerta no tiene llave está todo perdido”, pensó.

Al principio, el yagareté se quedó quieto para que nadie notara su presencia, aunque luego se dijo: “¿Y si creen que estoy enfermo y vienen a revisarme?”. Entonces decidió mostrarse más vital que nunca, dando saltos sorprendentes acompañados de sus más virtuosos aullidos.

Empalideció cuando el cuidador se acercó a su jaula al atardecer y, apoyado en la reja, le dijo confianzudamente: “Así me gusta verte. Ya se te pasó la tristeza, amigo. Ahora me voy, que pases una buena noche”.

Sonrió como lo hacen los yagaretés (es decir, con todos los dientes) cuando lo vio alejarse. “Ya lo creo que voy a pasar una buena noche, chamigo”, se dijo mientras afilaba sus garras contra el suelo de cemento.

Cayó la noche y no quiso soñar con su selva perdida. Estaba tan cerca de recuperarla que prefirió aguzar el oído para saber cuando el zoológico estaría vacío. Vio pasar al sereno con su linterna y dirigirse al lugar donde dormía. El corazón le golpeteaba el pecho al aproximarse a la puerta y empujarla con una de sus patas. ¡Libre! ¡Volver a ser libre! Por fin iba a recuperar su selva perdida.

Saltó la alta verja y la ciudad lo recibió con indiferencia.

Miró hacia el horizonte de cemento. Nada allí se parecía a su mundo. Caminó lentamente observando todo a su alrededor. La zona que rodeaba al zoológico era de casas con jardines cuidados hasta el cansancio por puntillosos jardineros. Bagual no entendía nada al ver el césped cortado, los canteros perfectos y los árboles con forma geométrica. Sigilosamente se acercó a un ventanal iluminado y pudo ver, tras los barrotes, una familia en pleno, todos

moviéndose entre cuatro paredes. Bagual, filosóficamente, concluyó que el zoológico no había terminado y que la sección “jaulas para humanos” era mucho mayor que la de animales.

Caminó durante cuerdas y cuerdas y el paisaje no variaba. Ya se estaba aburriendo cuando algo cayó sobre su cabeza. Pese a todos sus laureles de cazador, lo primero que sintió fue miedo. Se tiró hacia atrás velozmente y pudo ver con claridad lo que lo había golpeado. La intriga le siguió al miedo. ¿Qué era esa especie de caricatura de yagareté que lo miraba amenazante, erizado y con la intención de atacarlo nuevamente? No pudo contener la carcajada ante el supuesto rugido de su enemigo.

“No van a quedarte ganas de reír cuando acabe con vos”, dijo Tini, el gato porteño, con su voz de pito.

Bagual preparó su aullido más potente. La noche se rompió como una copa de cristal con su grito.

El rival, luego de componerse y aún temblando, le dijo: “Una broma es una broma... no hay que tomárselo tan a la tremenda, che. Seamos civilizados... Seamos civilizados...”.

Bagual estaba fascinado escuchando a ese yagareté enano que, como él, dominaba el lenguaje felino.

Tini continuaba: “Yo no sé por qué no aprendo. No nací para gato malevo. Todos se ríen de mí. Soy un fracaso”, decía mientras lloraba y se le aferraba a la pata.

En cinco minutos y a gran velocidad, pese a las lágrimas, Tini relató en detalle su vida de gato callejero. Tenía ocho hermanos. Contó que una señora lo eligió para regalárselo a su hija, él tenía que divertirla. Al principio le resultó fácil, era el centro de las atenciones de todos, jugaba todo el día, cuando no estaba comiendo o durmiendo en un hermoso almohadón que era de su exclusiva propiedad. Hasta que un día, Tini creció y ya no fue

divertido: perdía el pelo, tenía pulgas, todas sus virtudes del pasado se convirtieron en terribles defectos y de la noche a la mañana se encontró desalojado. Entonces un almacenero lo contrató para cazar ratones. Él, que nunca había cazado una mosca, se encontró luchando con enormes ratones que siempre lo dejaban en ridículo. Un día se comieron todo el queso y eso fue motivo para terminar en la calle.

Tini seguía con su triste historia y Bagual sólo quería continuar camino a su lejana selva. Le dio un pequeño sacudón y logró soltar su pata. Con su voz más amable le dijo: “Siento mucho, chamigo, lo que le ha pasado, es muy triste, pero tengo que irme”.

Tini lo miró sorprendido: ¿Es que vos también me vas a dejar?

Bagual se defendió: “Es que nunca dije que me quedaría con Ud., chamigo. Soy un cazador, debo regresar a mi selva”.

Tini, maravillado, dijo: “Tuteame, hermanito. ¿En serio sos un cazador? Podrías enseñarme. Sí... Sí... ¿Podrías enseñarme? Yo nunca tuve a nadie que me enseñe, yo me hice solo... y así me fue.

El yagareté, tratando de dar por terminada la conversación y alejándose lentamente, contestó: “Sí, sí, lo haré, pero en otro momento, ahora debo irme. Un gusto haberlo conocido, chamigo.”

El gato abrió la boca y exagerando su tristeza dijo: “Soy un pobre gato... nadie me quiere... vos también me abandonás... yo quiero ir con vos, quiero aprender a cazar...”

Bagual, mientras daba largos pasos, recordó a su padre y como él le había enseñado el arte de la caza y de la pesca. Recordó las tardes en que luego de atrapar un pecarí o un gamo, se dormía abrazado a su padre, bajo las hojas frescas. Fue entonces que se arrepintió de abandonar al pequeño y regresó al lugar donde lo había dejado. Pero el gato ya no estaba allí. “Chamigo Tini...”, gritó con su vozarrón. Nadie le contestó, más que el silencio.

Volvió a insistir y nada. Hasta que por fin una cabeza asomó por entre unas margaritas.

“¿Pero dónde se había metido, chamigo?”, dijo Bagual.

“Bajo estas flores”, contestó Tini.

“¿Por qué no contestó? Tuve que gritar tres veces”, lo retó el yaguareté

“Es que me gustó escucharte decir mi nombre. Es lindo cuando un amigo nos llama”, respondió el gato mientras le agarraba la pata.

“Bueno, si va a venir conmigo es mejor que marchemos, ya quisiera estar de nuevo en mi selva.”, dijo Bagual, poniendo un poco de distancia.

“¿Es que no me vas a tutear, hermanito?”, dijo Tini

“Yo no soy su hermanito, chamigo. Tiempo al tiempo, no se tome tanta confianza.”, contestó serio el yaguareté.

Bagual caminaba y entre sus patas iba Tini. Luego de varias cuerdas y casi con la lengua afuera, el gato preguntó: “¿Falta mucho para llegar? ¿Podemos parar un poco a descansar? Cada paso tuyo es como cincuenta míos.”

Bagual lo miró serio y le dijo: “No sé cuanto falta. Creo que mucho. Nada se parece a mi selva. Aquí sólo hay casas y más casas. No sé, creo que estoy perdido, chamigo.”

“No pensemos en eso ahora, hermanito. Perdón, digo... Bagual”, contestó Tini, “Hay un problema mayor que estar perdidos. Estamos rodeados. Mirá disimuladamente a tu alrededor. Los caza-gatos en cualquier momento nos van a atacar. Creo que éste es el fin del camino”. El yaguareté vio brillar innumerables ojos en la oscuridad. Los perros callejeros, con sus filosos dientes, los miraban relamiéndose. El círculo se achicaba cada vez más. Bagual pareció no inmutarse. El gato se abrazó a su pata y le susurró: “Ya decía yo que tanta felicidad no podía durar. Adiós, hermanito.” El yaguareté respiró hondo y sus pulmones cargados de aire lanzaron un grito furioso. Los perros se chocaban entre sí

tratando de escapar. Tini soltó la pata e imitando el aullido con su voz de pito, vanidosamente dijo: “Y no vuelvan porque la próxima vez será peor”.

Recorrieron durante horas la ciudad desierta. El yagüareté, para que el gato no se desmayara de cansancio, lo subió sobre su lomo, aunque él también sentía ya el agotamiento. “Podemos descansar un rato, éste es un buen lugar”, dijo finalmente.

“Lamento informarte que el Obelisco no es un buen lugar para dormir. Falta poco para que amanezca y no sabés lo que es esto cuando los hombres lo invaden todo con sus máquinas de metal. Yo conozco un buen lugar”, retrucó Tini.

Se dirigieron por Corrientes hacia el bajo. El asfalto estaba brillante por la humedad y reflejaba las sombras de los dos amigos. En la calle Florida doblaron hacia Rivadavia. “Por este lugar”, dijo Tini, “en un rato miles y miles de hombres caminarán con la vista perdida”.

“Como una estampida”, pensó Bagual. Él recordaba a los gamos correr, aunque le pareció una locura eso de correr sobre el cemento. “Raza extraña la de los hombres, que viven tan alejados de la tierra y que, sin embargo, cazan animales como yo para verlos cada tanto y recordar el tiempo en que hombre, animal y selva eran uno solo”.

Cuando llegaron al puerto el cielo comenzaba a enrojecer. Una sirena de un barco asustó al yagüareté y lo aturdió. No pudo escuchar a Tini que le decía: “Apurate, amigo, ya vienen los autos”.

El yagüareté había quedado en la mitad de una avenida y el miedo que le produjeron los automóviles lo hizo paralizar. El gato vio a Bagual acurrucado y tembloroso. Esto hizo que Tini pasando entre las ruedas de los coches, volviera a su lado a socorrerlo. “Agarrate de mi cola y seguime”. Bagual, con gran esfuerzo, hizo lo que su amigo le había dicho. Tini vio el semáforo encenderse en rojo y grito: “¡Ahora!” . Cruzaron la enorme avenida que los

separaba del río en rápidos pasos. Varios automovilistas se desmayaron al ver pasar a un gato con un yaguareté agarrado de su cola, pero no lo contaron a nadie por miedo al ridículo. “Ya falta poco”, dijo Tini con voz de valiente, “¡Salvados!”.

Una gran extensión de verde se abría ante los ojos felinos. “Este lugar no es mi selva pero se parece mucho a ella, hermanito”, dijo el yaguareté mientras se introducían en la Reserva Ecológica.

“Yo he venido varias veces”, se ufano Tini, “Aquí los animales están libres y se castiga a quien los molesta”

El cansancio pareció desaparecer y ambos saltaron y se revolcaron en el pasto.

Bagual quedó sorprendido al conocer que ese espacio verde antes no existía, que un buen día los camalotes traídos por la creciente invadieron esas tierras que los hombres nunca habían valorado. “¿Así se creó esta selva?”, dijo Bagual, “Seguro que los camalotes eran de mi Paraná Guazú”, concluyó orgulloso.

En el zoológico fue grande la sorpresa a la mañana siguiente cuando hallaron la jaula vacía; pero con el tiempo lo olvidaron.

Todos los atardeceres, Bagual y Tini miran la ciudad desde su pequeña selva.

Algunos cuentan que el gato se ha convertido en un excelente cazador, pero que no ha perdido su voz de pito.

**El siguiente texto esta registrado en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina. Esta prohibida su reproducción sin solicitar autorización a su autor. Su publicación o difusión sin el permiso correspondiente lo hará pasible de una sanción económica y legal.**

SANTIAGO SERRANO

Abril de 1985

[santiagoms\\_2000@yahoo.com](mailto:santiagoms_2000@yahoo.com)